

PICASSOS EN EL DESVÁN

Nicolás Miñambres

Parece evidente que Antonio Pereira ha decidido apostar por la prosa. Y más concretamente por la prosa al servicio del relato breve, género en el que es uno de los más afortunados creadores. Un somero repaso de sus últimas publicaciones lo confirma. Si en el año 1985 sorprendió con *Reseñas y confidencias*, desde entonces su homenaje a la lírica se ha reducido a la antología *la seda y el hierro*, frente a tres libros dedicados al relato breve. Por algo será.

De este ritmo creativo sistemático y riguroso provienen la mayor parte de las dificultades que supone comentar un nuevo libro; este sigue alimentándose del mismo universo personal, pero transformándose en frutos estilísticos distintos. Temáticamente, sorprende el retorno hacia lo provinciano, hacia las vivencias más recónditas. Estilísticamente, llama la atención la estructura de los relatos, muy distinta a las anteriores, basada en muchos de ellos en un afán especial por el adelgazamiento expresivo.

En cuanto a los contenidos se observa un cierto abandono del cosmopolitismo tan frecuente en *El síndrome de Estocolmo*, su obra anterior. En *Picassos en el desván*, el narrador apenas se transforma en protagonista viajero, concedor de todos los mundos. Aunque lo sea en muchos casos, su presencia pasa desapercibida para el lector. El autor ha asumido con teórica rigidez su papel de narrador exclusivamente. Sorprenden sobre los demás dos relatos, tal vez los más «personales» del libro. El primero es el que da título a la obra. La brevedad de la historia no debe confundir al lector. Nos hallamos ante una especie de examen de conciencia literario, palpable en las líneas finales; después de conocer en una ciudad lejana «la noticia, ocurrida en su tierra», que sirve de base al cuento, el autor confesará «... y el novelador ni caso, busca que buscarás argumento para una novela río». Qué triste, parece decir, este desconocimiento de lo propio.

La segunda muestra que puede convertirse en clave narrativa de la obra es «el narrador inocente». La reproducción del primer relato del escritor consagrado, se convierte en la narración actual. No hay, además, por parte del autor visos de crítica de aquel estilo juvenil; como si sólo existiera la nostalgia y el sentimiento de pérdida

absoluta ante el tiempo que se va. Por eso resulta tan clara y a la vez tan trágica la observación: «el final importa poco -decidió el consagrado-. Por una inocencia así daría mi última novela».

¿Esta aparente necesidad de recuperar el tiempo explica ese a retorno temático hacia lo provinciano? Es posible, pero no ha de ser tomado como una limitación o vuelta atrás. Pereira sigue haciendo investigación creativa. Ya ha quedado apuntada esa esencialización de los relatos. Muchos de ellos han quedado tan pulidos que su apariencia es casi la de aforismo lírico, o de evocación tan tenue que puede desconcertar al lector. Véase, por ejemplo, «La esquila», donde una sutilísima observación desde el contexto provinciano convierte la vulgaridad de la noticia en una evocación plena de lirismo modernista. Estos alardes estilísticos, de incuestionable riesgo, son la mejor muestra de la marcha ascendente de un escritor, que sigue hallando en lo provinciano el material adecuado para convertirlo en universal. Ese es uno de los secretos de la obra del arte.